

Amigos por encima de la política. Cuatro personas, una de izquierdas, otra franquista, otra liberal y otra anarquista; amigos unidos en los recuerdos su de niñez y juventud por los entornos madrileños de la Puerta del Ángel

Miguel, Paco, Luis y Jesús, eran los amigos desde la niñez a los que se refería Jorge. Todos tenían más o menos la misma edad. Su infancia había transcurrido jugando en las barriadas de la Puerta del Ángel, en Madrid. Coincidieron con Jorge en los mismos colegios, en el mismo grupo de montaña que formaron de jóvenes, e incluso dos de ellos en la misma carrera universitaria. Después, sus vidas tomaron diferentes rumbos, aunque en ocasiones se reunían, cada vez más de tarde en tarde, para recordar viejos tiempos. Habían vivido juntos las estrecheces de los cincuenta y sesenta; se habían desarrollado en el régimen de Franco y, a los veintitantos años, experimentaron el advenimiento de la democracia. El balcón natural por el que se asomaban en su devenir diario, transcurría por el paseo de Extremadura, que soportaba tanto el paso de los “tanques” camino de los *Desfiles de la Victoria*, como el continuo tráfico de los entrañables tranvías; la Feria del Campo; la verbena de Santa Cristina; el alquiler de “bicis” de David; las barcas columpiándose en el solar junto al mercado; la piscina “Miami”; la municipal de la cercana Casa de Campo; la fábrica de ladrillos al lado de la colonia de Juan Tornero, que se encontraba abandonada y que servía de fortaleza para sus juegos, cerca del terraplen por el que arrastraban las posaderas. ¡Cuántos pantalones rotos...! Todo eso permanecía como recuerdos imborrables en la historia de sus vidas. La buena amistad había persistido sobre cualquier otra cosa. Cuando, más adultos, se posicionaron entre las diferentes ideologías, llegaron a un acuerdo: “Seguiremos siendo amigos, porque somos las mismas personas antes y después de todo esto. No merece la pena que la política acabe con un patrimonio tan difícil de conseguir como es la amistad. Eso sí, la condición es respetar siempre las convicciones de los demás por encima de todo”.

—Yo creo que la calle Caramuel es la única de Madrid que no tiene el número uno de portal. Empieza en el tres, ¿sabéis por qué? En el número uno había un antiguo edificio que era una casa de putas. Sí, sí ¡auténtica! Las meretrices esperaban al cliente jugando a las cartas en un patio interior, y mis hermanos, con sus amigos, las espiaban desde las ventanas de la escalera de mi casa que estaba al lado, en el número tres. Cambió de dueño, que edificó una nueva casa con el portal por el paseo de Extremadura, y en la parte que daba a la calle Caramuel se puso el restaurante “Urvi”.

—Yo recuerdo que nos dedicábamos a recoger todas las chapas de las botellas para aplastarlas en las vías del tranvía. Después, las agujereábamos y nos servían como tope para los dedos al sujetar la cuerda para bailar la peonza.

—Y todos los clavos y tornillos que el agua arrastraba por la calle Antonio Zamora para venderlos

en la chatarra. Repartíamos cada uno hasta veinte céntimos, de peseta claro.

—A mí no se me olvida la noria que montaban frente a mi casa en las fiestas. Como era un segundo piso, en verano teníamos el balcón abierto. Parecía un desfile. Estábamos comiendo y la gente nos saludaba: “Que aproveche”.

—¿Recordáis cuando nos colábamos en la Feria del Campo entre los barrotes que doblaban los “mayores”?

—Ya lo creo, y las interminables colas esperando los globos que regalaban...

—Y aquellos sombreros chinos de color rojo que repartía el “flan chino Mandarín”.

—¡Vaya tiempos! ¡Cómo disfrutábamos! Ahora, no se ven más que emigrantes en el barrio, y en la Casa de Campo ni os cuento lo que hay... Esto es lo que nos ha traído la puñetera democracia.

—Macho, son los tiempos actuales. Si no hay niños españoles, a ver quién va a cotizar por nosotros.

—Pero ¿qué pareja normal, hoy en día, puede criar los hijos que tuvieron nuestros padres? Nosotros fuimos cinco hermanos. Ahora con un hijo, sueldos normales y trabajando los dos, como tengas hipoteca, llegas justito a fin de mes.

—Bueno, voy a explicaros la razón por la que os he invitado este fin de semana.

—Sí, sí. Porque esta convocatoria, rodeada de tanto enigma, me tiene un poco mosca. Tú insistencia es lo único que me ha traído aquí. Me he perdido ir a esquiar; como me decepciones te va a costar una semana en Andorra amigo...

—No te quejes, anda, que has ahorrado el madrugón, la caravana hasta Navacerrada y la mala leche que se te pone. Bueno al grano —Jorge se dirigió a cada uno de ellos—. Tú sigues siendo de izquierdas, tú un franquista, tú, vamos a decir, un liberal burgués, y tú un ácrata impenitente, ¿no es así?

—Pues a estas alturas ya no sé ni lo que soy ni lo que pinto, porque si Franco levantara la cabeza y viera lo que están haciendo estos que se dicen de derechas, los desterraba un añito a la isla de El Hierro para que reflexionasen y espabilaran.

—No cambiarás.

—No tengo por qué, machote. ¡Vamos a ver! ¿No echáis de menos esos tiempos que antes comentábamos cuando se vivía tranquilamente en el barrio? La gente se respetaba y nosotros hacíamos lo propio con los mayores. Ahora, cualquier mocoso te tutea, si le llamas la atención incluso te insulta, y no se te ocurra darle un bofetón porque el padre, en vez de darle otro también como antes se hacía, es capaz de matarte. Si escuchabas una voz ¡al ladrón! la gente de la calle era

una piña, y si alguien se veía en apuros cerca de un caballero legionario, con gritar ¡a mí la legión!, era suficiente. La policía no se andaba con chiquitas ante los delincuentes y así se hacía respetar. Ahora, un cabrón de esos se golpea a propósito contra la pared, denuncia al agente y encima expedientan a quien vela por nuestra seguridad. Y de los inmigrantes no vamos ni hablar...

—Sí. Sí que vamos a hablar, de eso se trata precisamente. Quiero que este joven político, que es decididamente “apolítico” en el sentido tradicional del término, escuche la opinión y la visión que tenéis cada uno de vosotros de España y de la sociedad actual, desde la perspectiva de vuestra experiencia.

—¿Cómo un político puede ser apolítico?

—No se encasilla ni en la derecha, ni en la izquierda, ni en el centro y tampoco es anarquista, ni nacionalista, ni regionalista, ni un advenedizo para medrar en la política.

—Eso, en un político, es tan incomprensible como la regla del fuera de juego en el fútbol.

—Majete, es la generación del móvil. Bueno, vamos a empezar. Tema; la inmigración ilegal hacia nuestro país. ¿Quién empieza?

—Ese fenómeno no es nuevo. Hay que ver el origen del problema. Se trata de unos seres humanos que, legítimamente, tienen el derecho a no morir de hambre mientras el resto del mundo vive en la opulencia. Los países ricos viven blindados en su estatus sin recordar que otros también quieren alcanzar un nivel de vida mínimo para que sus ciudadanos tengan cubiertas sus necesidades básicas. Si en vez de darles espejitos a cambio de sus fuentes de riqueza, les enseñaran la forma de explotarlas por sus propios medios, contribuyendo a su desarrollo, otro gallo cantarían. Claro que para la existencia de ricos, tiene que haber pobres.

—Ya estamos como siempre. Desde niños ya nos decían: “Pobrecitos los moritos, los negritos y los chinitos, que no tienen que comer. Haced bolas de plata con el envuelto de los chocolates, para las *Misiones*”, y me tenía como un gilipollas comiendo más y más chocolate para conseguir una bola gigantesca. Han pasado casi cincuenta años y seguimos igual. Mejor dicho, peor. Ahora las bolas no hay que enviarlas a los misioneros, se las damos en mano porque los tenemos aquí: resulta que los inmigrantes colapsan los hospitales y yo, el españolito cotizante de toda vida, tengo que esperar no sé cuánto para una radiografía; a mi hermana mayor, le dicen que se tiene que vacunar de tuberculosis porque, con la inmigración, están volviendo enfermedades que se encontraban erradicadas; los transportes públicos van hasta la bandera, porque son los que ellos utilizan, pero que nosotros estamos financiando desde que tengo uso de razón; la Casa de Campo está literalmente “tomada” por “ellas”, y los domingos, además, por tropeles de “sudacas” que hacen fiestas con barbacoas de aceitosas panochas de maíz. No les digas que hay una ley que prohíbe hacer fuego al

aire libre porque enseguida te tachan cuanto menos de xenófobo; las bandas latinas amedrentando a los muchachos; los cogoteros golpeando despiadadamente a gente indefensa para robarles el dinero que acaban de sacar del banco; los secuestros exprés; los pistoleros narcotraficantes a tiros por las calles; los moros con sus bares —gracias a Dios no todos— comerciando impunemente con hachís; los vecinos de algunos barrios obligados a cambiar de residencia para que sus hijos no se críen en un entorno degradado; en otros tienen que soportar la presencia de inmundos campamentos de inmigrantes que se montan en los alrededores; niños extranjeros que, con diez años, son unos especialistas del hurto, en segundos te roban el móvil, la cartera o el maletín, sin darte tiempo a reaccionar; si los cogen, como son niños ¡no les pueden hacer nada! Y lo que ya clama al cielo es cuando se produce cualquier agresión o incluso asesinato de esa persona jubilada que después de trabajar toda su vida para conseguir una vejez tranquila y merecida; después de haber levantado a este país con su sudor, el Estado le paga con esa moneda porque no sabe poner los medios para asegurarle su integridad física. Claro que como a los gobernantes, rodeados de medidas de seguridad, no les sucede... Si lo padecieran en sus propias carnes veríais cómo ponían inmediatamente solución. ¡Da asco!

Tras la intervención todos callaron. Pensaban que lo que se había expuesto con tanta crudeza, no era ni más ni menos que la realidad, aunque a veces costase admitirla. Adal se quedó expectante a la espera de que la conversación continuara.

Fragmento *explorcata* de la novela *Españ@.es*, del autor Antonio J. Nevado * Edición en Internet *